

de las orejas, los anillos y la argentería y fulletería y piedras de oriente, que les andan brillando delante de la frente; los arrojadillos y pañuelos labrados de cadena, los alfileres de plata y los espejos de cristal, las pomas de ámbar gris y los guantes adobados. » Hasta aquí son palabras de Isaías. Pues si el Espíritu Santo dice que ha de hacer un auto público contra las hijas de Sion por las galas y dijes que ha contado que traían, con no les estar aun publicado el Evangelio, con no haber muerto aun Dios desnudo en una cruz, con no haberles aun predicado el infierno ni la sentencia del rico gloton condenado por sus trajes, decidme, ¿qué esperais los que, tras tanta doctrina de Dios, tantos ejemplos de santos, tanto cilicio y jerga de vírgines, tanto derramamiento de sangre de mártires; y finalmente, después de tantas amenazas del Evangelio, vestís y os traéis tan costosa y soberbiamente? Pero pasemos adelante, al trueque que dice el Profeta que hará Dios, y al vestido que les dará á las damas mas regaladas. «Entonces (dice Isaías), les dará Dios hedor intolerable por las pomas y olor suave en que se deleitaron; por la cinta de oro y piedras las ceñirá con una soga de esparto; y por los rizos y encrespados, y por el cabello encarrujado con hierros calientes, las hará calvas; y en vez de los jubones recamados y de telillas de oro, les dará cilicio negro y feo.» Esto hará Dios con las locas vanas que mostraron la liviandad de la cabeza en las gaiterías del vestido del cuerpo. Pues considera agora tú, que te llamas cristiana, que profesas la ley de Dios, que dices que crees el Evangelio, y haz cuenta que te sacan á una gran plaza adonde caen muchos ventanajes, y todos llenos de gente, y que no cabiendo en la plaza, se suben por los terrados y tejados, y otros se cuelgan de las rejas, y que los tablados están cargados de miradores, y que en medio de aquel teatro y á vista de tantos ojos te sacan á tí muy vestida y enjoyada, con todos los aderezos que ha pintado Isaías, y te suben sobre un tablado adonde puedas mejor ser vista; y subido un ministro de la justicia de un púlpito, como se suele hacer en los autos de la Inquisición, te lee el proceso de tu vida tan alto y claro, que todos lo entiendan; adonde se descubren tus pensamientos abominables, tus muchas liviandades, tus deseos deshonestos y torpes y tus palabras afrentosas, tus torres y castillos de viento, los testimonios que levantaste, las mentiras que dijiste, las quimeras que soñaste, las obras que hiciste, los pecados y maldades que cometiste contra Dios y contra tu prójimo, las cosas que en las tinieblas de la noche hacías con vergüenza de la luz del cielo, que huías por no ser vista, y que quisieras mas que se rompiera la tierra y te tragara viva antes que ser vista aun de tu lacayo; y cuando veas que lo que pensaste que no lo sabia la tierra, se publica delante del cielo, y veas que todos los que lo oyen se miran unos á otros, pasmados de que fueses tan otra de lo que de tí pensaban; y que te silban y mofan y burlan de la hipocresía con que los engañabas, y que, leído el proceso, manda el Juez con gran severidad y gravedad de palabras y sem-

blante, que seas desnudada delante de toda aquella gente; y que luego llegan á tí y te comienzan á quitar la guirnalda y perlas y prendedero y todo el tocado, y te dejan en cabello. Tras esto (y estándolo mirando todos con grandísimo silencio) te quitan la saya de raso encarnado bordada de cañutillo, la basquiña, jubon, gorguera y faldellín y manteo, hasta la camisa, y que allí te descalzan y se comienzan á parecer tus carnes, y tú á confundirte y desmayar de vergüenza, y á salir arroyos de agua de tus ojos; y no contento con esto, manda el juez que suba un barbero al tablado y que con una navaja te raya la cabeza sin dejarte cabello en ella, y que haciéndolo así, te reluce el cuero y la calva, y quedas tan abominable, que apenas te pueden mirar los presentes; y que luego te ponen en lugar de camisa un pedazo de jerga atada con una cinta de esparto, pareciéndose los brazos y carnes desnudas. Dime agora, yo te ruego: si tal paradero tienen las galas, y esta confusión sucede tras la gloria vana del vestido, ¿cuál será razón de escoger primero, aquella gala con esta afrenta, ó un moderado vestido sin ella? Y dime mas: si desta manera te vieses tratar, ¿no desearias que el cielo se te cayese encima y te matase, ó que se hundiese la tierra y te sepultase en los abismos, antes que esperar tan brava afrenta? Pues ¿no ves que lo dice Dios? No ves que es fe que ha de pasar así, que te has de ver en esto? Pues ¿cómo osas vestirte de seda? Cómo no abominas el oro? Cómo no aborreces las galas? Cómo no te espanta el curioso traje? Cómo no tiembles y miras á lo que ha de ser? Cuando este auto de Inquisición no fuera delante de Dios y de sus ángeles y santos, sino delante de la corte del Rey, en una plaza de Madrid, era bastante razón para que (á no estar de por medio Dios y su Evangelio) tú misma te mataras y fueras verdugo de tí misma; cuanto mas que ha de ser delante de todo el mundo junto de los del cielo y de los de la tierra, de los ángeles y de los hombres. ¿Qué sentirá una doncella honesta y vergonzosa que se viese tratar así? Cuenta Plutarco que vino sobre las doncellas milesias una pasión y mal monstruoso, sin tener causa ninguna manifiesta de do naciese, mas de que pareciera ser una enfermedad pestilencial y contagiosa que provenia del aire; era tan furiosa y desatinada, que les sacaba fuera de su juicio, de suerte que las hacia tomar codicia de matarse; muchas dellas se ahogaron sin que se supiese. Vínose á entender este daño, porque las hallaban á las riberas de los rios, que el agua las lanzaba á la orilla; otras se ahorcaban, otras se daban con cuchillo por los pechos. No aprovechaban para esto las razones y lágrimas de los padres, ni ver á sus madres derrocadas á sus piés mostrándoles los pechos con que las criaron, ni que rompían el cabello y se deshacían en lágrimas, diciéndoles palabras llenas de dolor y tristeza, ni los ruegos y consuelos de los amigos, ni alguno de cuantos medios los miserables de los padres podían buscar para remedio de tanto mal como veían por sus casas; y que los viejos desdichados, que aparejaban las hachas nupciales y las guirnaldas

§. XI.

para celebrar las bodas de sus hijas, eran forzados á volverlas en los duelos y fuegos fúnebres de sus sepulturas; y los que pensaron que sus hijas les cerraran los ojos en su muerte, y que partieran contentos deste mundo dejándolas con sus maridos, agora veían trocada la suerte, y que eran reservadas para ver las heridas y desastradas muertes de las hijas que amaban mas que á la propia vida. Finalmente, era tal esta dolencia, que la fuerza del mal y pasión venia á todo el cuidado y diligencia de las guardas que les ponían para estorbar este daño, hasta tanto que, por consejo de un hombre sabio, se mandó apregonar un edicto que los cuerpos de las que se matasen fuesen traídos desnudos á la vergüenza por todas las plazas y calles públicas á vista de todos los de la ciudad. Fué señal lo que hicieron ellas de ánimos virtuosos y abidalgados, pues la opinión y miedo de aquella infamia valió tanto acerca dellas, que aquellas á quien la muerte, que es el mayor mal de los humanos, y lo que mas horrendo y espantoso nos es, y lo mas terrible y que mas rehuye nuestra naturaleza, ni el dolor y trabajo della ni las lágrimas de sus padres, ni todo lo demás que se hacia, no bastó para detenellas que no se matasen; solo el pensamiento que se les representaba de la fealdad é ignominia de que las habian de ver desnudas, las movió á no querer sufrir en ninguna manera la vergüenza que aun después de muertas veían que tenían de padecer. Ejemplo es este digno de celebrarse, y mucho son de alabar aquellas honestísimas doncellas; pues es de creer que, si por solo ser vistas de unos pocos hombres, y aun eso ya muertas, cuando no podían sentir la afrenta de su desnudez, se avergonzaron tanto, que dejaron de matarse, cosa que con ningún medio se habia podido acabar con ellas, ¿qué mas hazñosos hechos hicieran estas si fueran cristianas y creyeran el Evangelio y supieran que vivas y á vista de Dios y de los ángeles y de los hombres las habia de desnudar y descomponer y raer la cabeza, y tras eso les habia de dar un infierno? Pues tú, cristiana, que lo crees, que dices que eso creyeron tus abuelos, y que por esa verdad morirás, ¿cómo no te corres, ni temes aquella general afrenta que te espera en aquel dia? ¿Qué sentirás cuando te digan: ¿qué fruto os trajo el mal que os avergüenza? que dice san Pablo; el fin del pecado es muerte y muerte eterna, y de cuerpo y alma? Siempre y en todos tiempos, y á todos los hombres prudentes y amigos de la virtud, pareció bien la honestidad y moderación en el vestido. Así, cuenta Macrobio que, habiendo salido un dia Julia Augusta, la hija del emperador Octavio, á unas fiestas con un vestido severo y grave, por emendar otra salida que el dia antes habia hecho con otro lacivo y licencioso y de galas y colores, viéndola su padre, dijo á los que estaban presentes: «¿Cuánto mas honrado y alabado traje es esto para la hija de Augusto que el de ayer?» Así que en la Madalena el traerse galana, el preciarse dello, el gustar de ser celebrada por muy dama, la trujo á tanta perdición, que ya, como á pública infame, la llamasen la *pecadora*.

Lo cuarto, que hacia muy graves los pecados desta mujer, era ser muchos: no quiero yo decir, ni Dios lo mande, que la misericordia suya tiene tasa, ni quiero estrechar aquella rica y liberal mano de mi Dios. David, como hombre necesitado y que habia mucho menester un Dios muy maniroto, no se harta de alabarle de clemente, misericordioso, lleno de misericordias: *Misericordia ejus super omnia opera ejus*; Es su misericordia sobre todas sus obras. Dice esto David porque, puesto que en Dios todo es uno, y la justicia es tan grande como la misericordia, como acá somos tan pecadores, que si Dios anduviese siempre con la vara del alcalde entre nosotros, en dos dias acabaria el mundo; tiene necesidad de sufrir nuestras miserias, y hacer del que no ve, y aun anda sembrando siempre misericordias, que nacen en todas partes y en cada rincón. Y por eso dijo en otro lugar: *Misericordiá Domini plena est terra*; La tierra está llena de las misericordias del Señor. Y en otra parte dice que sus misericordias no tienen fin: así es por cierto. Pero, puesto caso que no puede pecar un hombre tanto que agote la paciencia y sufrimiento de Dios; con todo eso, me pone espanto un estilo que veo en las divinas letras, y es, que dan á entender que algunas veces suelen los pecados llegar á un cierto colmo ó número, que de allí adelante cierra Dios la puerta al pecador y le endurece el corazón, con lo cual se condena. Y porque esta materia peligrosa será bien declararla de asiento y como todos la entiendan, muchos lugares se hallan en la Escritura que parecen atribuir á Dios la causa de nuestras penas, y aun de los males. Así dijo Dios á David por el profeta Natan: *Ecce ego suscitabo super te malum de domo tua, et tollam uxores tuas in oculis tuis, et dabo proximo tuo*; Yo (dice el Señor), porque me fuiste ingrato á los muchos beneficios que de mí has recibido, pues de pastor te hice rey, levantaré de tu casa un mal, que «del monte salga quien el monte queme»; esto dijo por Absalon, que fué hijo de David. Y pues tú tomaste la mujer ajena, yo tomaré las tuyas y las entregaré á tu enemigo. Claro está que Absalon fué malo y pecó con las mujeres de su padre; y con todo eso, le dice Dios que él hará ese mal. Y por Isaías, hablando de Egipto, el Señor les mezcló un vaso de adormideras y les dió vaguidos de cabeza, y hicieron errar á Egipto en todo cuanto puso mano, como hace el harto de vino. Y por Josué, dice el Espíritu Santo, fué decreto del Señor que se endureciesen sus corazones, y así no mereciesen alguna clemencia, segun lo habia mandado Dios á Moisen. Y mas claro en el salmo: *Convertit cor eorum ut odirent populum ejus: et dolium facerent in servos ejus*; Trastornóles el Señor el corazón para que aborreciesen su pueblo, y para que engañasen á sus siervos. Luego Dios parece que tiene la culpa de nuestros males y pecados. Y lo que parece que echa el sello es lo que dijo Dios á Faraon: «Para esto te hice, porque en tí mostrase la gran fuerza de mi poder.» Que da á

entender que le puso por blanco, como quien juega á la ballesta, y que se holgaba de la dureza del Rey, y aun que él mismo le había dado un corazón berroqueño y de un guijarro para que no se supiese ablandar aunque quisiese. Así lo dijo al parecer en el *Exodo* en muchos lugares, hablando con Moisés: «Yo endureceré el corazón de Faraon, y así ni te oírás ni dejará mi pueblo.» Pues luego, Señor, vos teneis la culpa, si culpa es, y no el rey gitano. Y mas, cuando Semeí maldecía á David, que salía huyendo de su mal hijo, queriéndole matar los criados de David, les dijo: «Dejadle; que el Señor le ha mandado que maldiga.» Sale san Pablo, y parece nos enreda mas, diciendo: *Deus quem vult indurat, et cui vult miseretur*; Dios tiene misericordia de quien es servido, y endurece á quien le agrada. Luego no tiene culpa el hombre; porque, como añade san Pablo: *Voluntati ejus quis resistit?* ¿Quién le podrá ir á Dios á la mano? Pues si manda al otro que maldiga á David, y endurece á Faraon, y vuelve y trastorna los corazones para que persigan á sus siervos, síguese que él mismo es causa de nuestros males, así de pena como de culpa. Para mejor entendernos, es menester saber que los santos, y entre ellos mi padre san Agustín, responden á esto que Dios solo se ha de entender que permite; y que en los modos de hablar de la Escritura, siempre que la letra suena que Dios hace ó manda algo que desdice de su infinita bondad, se ha de entender que solo es permission, y no mandamiento ni accion. Como lo que dijo el Señor á Jldas la noche de la Cena: «Haz presto lo que haz de hacer.» Como si dijera: En mi mano está mi muerte y mi vida; y si no es queriendo yo dejarla, nadie me la puede quitar (que es lo que, en otro tiempo, antes habia dicho); pues agora que es llegada la hora en que quiero morir, yo permito que des órden en la maldad que tú por tu malicia propia has fabricado en tu deseo. De suerte que dice mi padre san Agustín que cegar Dios, es no alumbrar, y endurecer alguno, es no ablandarle. Pero, aunque es así que es esto verdad, y lo que responden él mismo y otros, que en los males que nos vienen, hay el hacerlos y hay el padecerlos, y que la obra se ha de atribuir á la invidia del demonio, como en los de Job, y á la codicia de los sabeos en llevárselo el ganado; pero lo que en ellos es pasion, que es sufrirlos para mérito ó satisfaccion de nuestras culpas, ó para gloria de Dios, eso al Señor se atribuye; digo que esto no agota del todo nuestra dificultad; porque, aunque en muchos ejemplos venga bien, en otros parece que tiene alguna aspereza. La razon es, porque es doctrina de san Pablo, que por pecados de los sabios del mundo y filósofos hinchados, los cuales viniendo en conocimiento de Dios por el rastro de las criaturas, ayudados con el rayo de la luz divina, de quien dice David, muchos se espantan y dicen: «¿Quién nos enseñó el bien y á seguirle?» Y no miran que tenemos impresa en nuestras almas la luz de tu rostro, que nos enseña y adiestra en el bien. Dice pues el Apóstol que porque estos filósofos, conociendo á Dios, no le honraron ni le dieron gloria sirviéndole,

los castigó Dios entregándolos en manos de sus deseos, y que de ahí viniesen á dar en mil errores y pecados. Pues siendo verdad aquel dicho de mi padre san Agustín, que «ningun sabio es autor de que alguno se haga peor de lo que es», Dios, que es suma sabiduría, ¿cómo será causa que el pecador, en castigo de sus pecados, venga á ser peor, cayendo en otros mas graves? Porque aquí ya en el pecado siguiente la accion y la pasion son malas; y así, no hay razon de algun bien. Pues decir que endurecer es no alumbrar ó no ablandar, seguiríase que todos los que mueren en pecado mortal fueron cegados, pues no los alumbró; y los endureció, pues no los ablandó; y vemos que la sagrada Escritura por particular castigo de algunos, y por muestra del rigor de su justicia, dice que los cegó ó endureció; y si no fuera mas que no alumbrar ó no ablandar, no nos lo contara por cosa rara, por castigo particular. Digo pues que, hablando propriamente, Dios no se dice que endurece ni ciega ni engaña, ni que mueve á los corazones á odio, ni que hace lo que al parecer suena la letra de la Escritura; porque todas estas cosas desdizen mucho de la naturaleza de Dios; y si dél se dicen, es impropriamente y por figura. Las razones que tenemos para hablar así son, que como, quitada aquella soberana luz, ninguna otra cosa queda sino tinieblas y oscuridad, y quitada la suavidad y regalo de su espíritu, nuestros corazones se tornan de mármol, y en dejando de adestrarnos se tuerce todo el edificio de nuestras obras; de aquí es que se dice que ciega, endurece y hace errar á los que quita la facultad del ver, del ablandarse y del caminar derechos. Hay mas; que cuando decimos que quita esta facultad, no entendemos que quita el libre albedrío para ver ni para ablandarse ni para encaminar bien sus obras; mas hase de entender así, que porque sin luz nadie puede ver y sin la suavidad del Espíritu Santo ningun corazón se puede ablandar, y porque si Dios no guía un alma, todos sus pasos van desacertados; por esto, cuando por justo juicio de Dios quita á los hombres estas ayudas y favores, se dice que en alguna manera les quita el poder de ver y ablandarse. Pero mejor se entenderá por otra razon, y es, que Dios usa de los demonios como de verdugos de justicia y ejecutores de sus castigos. Así lo dice el real profeta David: *Misit in eos iram indignationis suae, indignationem, et iram, et tribulationem; immissiones per angelos malos*. Cuando el pueblo de Dios estaba en Egipto, y quiso sacarlos á la tierra de promision, por estorballo Faraon, envió Dios muchas plagas, con que castigó á los gitanos; que envió contra ellos la ira de su saña, ira é indignacion y tribulacion; y estas cosas las envió por manos de los ángeles malos. Pues como estos son los ejecutores de la justicia divina, dícese que hace lo que ellos hacen; como decimos acá que el Rey cortó la cabeza á Fulano, y no se la cortó sino el verdugo. Añade el glorioso san Jerónimo otra razon, escribiendo á Hedibia: Así como con ser uno el calor del sol, con todo eso, por la diversidad de las naturalezas que las cosas inferiores tienen, vemos que hace

diversos efectos, que á unas ablanda como á la cera, y á otras endurece como al lodo y barro; y con ser así, no es mas que una naturaleza sola del calor; así Dios nuestro Señor, con la misma luz se dice que ciega al que tiene enfermos los ojos del alma (que son el deseo y la intencion), y que alumbrá al bien inclinado, y que con el mismo beneficio ablanda y atrae á sí á este; y al otro endurece y le retira, como lo tenemos en el santo y sagrado Evangelio, que con el milagro de Lázaro unos creyeron, otros fueron á dar cuenta dél á los fariseos, para que se remediasen. Lo mismo cuando alanzó el demonio del hombre sordo, mudo y ciego, unos dijeron: «En virtud de Belzebub lo hace.» La hilanderuela vejecita salió de acullá con el *Beatus venter, etc.* Esto nace de que, puesto que de su naturaleza la luz divina es para ver, pero habiendo de por medio ocasion, causa accidentalmente ceguera en el que tiene enfermos los ojos, y dureza en el que tiene dañado el ánimo; hé aquí agora cómo Dios queda disculpado siempre, y cómo se entenderá lo que dice el Señor por san Mateo y san Lucas, que hablando muchas parábolas á los que le seguian, y habiendo dicho la del labrador que salió á sembrar su pan, le rogaron los discípulos que les declarase la parábola, y respondiósles: «A vosotros os es dado saber los misterios del reino de Dios, á los otros en parábolas; porque viendo y teniendo ojos no vean, y oyendo no oyan.» La aspereza y rigor que parece que tiene el decir el Señor: «Hablóles en parábolas porque viendo no vean, etc.» que parece que da por causa de hablalles así el querer que ni vean ni oyan, y con esto no se aprovechen de su doctrina; quitóla por san Mateo en la misma parábola, diciendo: «Hablóles así porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden.» De suerte que lo que en san Lucas está áspero al parecer, en san Mateo está templado, y muestra que es culpa suya de los oyentes. Y añade luego: Con esto se cumple en ellos la profecía de Isaias, que dice: «Oiréis con vuestras orejas, y no le entenderéis; y viendo vereis, y no lo veréis;» y añade el Profeta la razon: «El corazón deste pueblo está muy graso y pesado, y oyen con gran pesadumbre, y de industria cerraron los ojos; porque algun tiempo no vean con sus ojos y oyan con sus oídos y entiendan con su corazón, y se conviertan, y los sane.» Y puesto que en el Profeta está de otra suerte, pues el Señor de los profetas lo tradujo y citó así, no hay que reparar en ello. Allegándonos agora al propósito por el cual habemos traído esta doctrina, digo que en algunas partes de la Escritura parece que se pone número de pecados que tiene determinado el Señor de esperar al pecador; hasta cien pecados (pongamos este caso), y no ciento y uno; al otro mil, y no mil y uno. Hablando Dios con el gran patriarca Abraham, y capitulando entre los dos el salario, que aun acá temporalmente le habia de dar, por el buen servicio que Abraham le hacia, le dice el Señor: «Quejáisome de que no os he dado hijos, y que el vuestro mayordomo habrá de ser el heredero de vuestra hacienda y casa; no será así, que yo os daré hijo

heredero, y será su sucesion tan innumerable como lo son las estrellas del cielo. Mas haré; que les daré la tierra en que vos estáis, y cuanta habitan los amorreos; pero eso será en la cuarta generacion.» *Ne dum enim completae sunt iniquitates amorraeorum usque ad praesens tempus*; y es como si dijera: «No les daré luego la posesion de la tierra á tus sucesores, porque las maldades de los amorreos aun no han llegado al colmo que yo he determinado de sufrilles.» Luego suele haber tasa, no en la misericordia divina, pero en la malicia del hombre, que llegando allí no le da Dios el auxilio y favor particularísimo que suele á los que él es servido. Y como la virtud en el pecador está prostrada por el uso que tiene de pecar, de aquí es que, quitándole, esto es, no dándole los favores especialísimos que su Majestad suele dar á aquellos que dice san Pablo que tiene misericordia dellos, porque los previene con mas favores y socorros, dejándolos con los especiales y con su libre albedrío, con lo cual se podrian volver á Dios si quisiesen admitir este auxilio, no lo hacen; porque, hechos á seguir sus pasiones, se van tras ellas, y están tan metidos en sus pecados, que con solo aquel auxilio no se salvarán sino muy á fuerza de brazos; y como ven la dificultad, dejan de volverse á Dios. Así que, es culpa suya que no admiten este llamamiento; y llegar á este punto de no acudirlos Dios con mayores y especialísimos socorros, es lo que aquí llamo llegar al período ó colmo de los pecados. Y esto es lo que se suele decir: «Guárdeos Dios que alce la mano de vos y os deje;» y esto mismo es el endurecer á alguno. Este favor particular lo deja de dar porque á nadie lo debe; y así, de su hacienda puede hacer lo que fuere servido; y puesto que es infinitamente misericordioso, suelen ser tales los pecados de un hombre, que no merece que Dios le espere mas compases, y castigalle con no acudir con socorros particularísimos por sus deméritos. Llama la Escritura endurecer; y esto sucede cuando los pecados han llegado á la medida que Dios en su divino acuerdo tenia determinado de esperar. Y así, dice Nicolao de Lira sobre el capítulo 15 del *Genesis*: Dios espera en los pecados y pecadores la medida de su juicio; no que en su misericordia esté la tasa, sino en la malicia del pecador, que le cierra á Dios la puerta con sus deméritos; porque, si él hiciere verdadera penitencia, misericordia hay en Dios para perdonalle infinitos pecados; pero no la hace, y así se condena. De suerte que tengo por cierto que el pecado de Jldas fué el postrero que Dios habia determinado de esperarle, en Cain el fratricidio, y así en Saúl y los demás; en uno mas número, en otro menos, conforme á su divino y secreto consejo. Quiero decir que, llegando á aquellos pecados, alzó Dios las manos, conforme al sentido que habemos dicho. A esto parece que aludió el Señor cuando, hablando con los escribas y fariseos, que decian: «Si nosotros fuéramos en los tiempos de nuestros padres, que mataban á los profetas de Dios, no consintieramos en sus muertes;» el Señor les dijo: «Hipócritas, henchid la medida de vuestros padres.» Esto dijo porque el col-

mo y el último pecado con que se hinchó fué con quitar la vida al Señor de los profetas. Pues si con tantos pecados pasados no los destruyó, y llegando á este les asoló la ciudad y los llevaron cautivos hasta hoy; y si en Asia sufrió muchos pecados, y al cabo abrasó ó dejó abrasar los templos, derrocar los altares, quemar las imágenes sagradas, desollar los inocentes, violando tantas vírgines, y haciendo tantas crueldades como cuentan las historias que los moros y turcos ejercitaron en los miserables moradores de aquella tierra; lo que, sin ir á buscar ejemplos prestados, podemos ya de los de vuestras casas hinchar los libros ajenos, pues vemos, por nuestros pecados, á Hungría, Bohemia, Alemania, Flándes, Ingalaterra y Francia casi perdidas; luego, pues nuestro justísimo Dios no las ha sufrido mas, señal es que llegaron al colmo de las maldades adonde tenia determinado que la misericordia suya diese el lugar á la justicia. El profeta Amós, en el capítulo 2.º, me parece que dijo esto divinamente: *Super tribus sceleribus Israel, et super quatuor non convertam eum: pro eo quod vendiderit pro argento justum, et pauperem pro calceamentis*; Sobre tres maldades de Israel y sobre cuatro no lo convertiré, porque vendieron al Justo por dinero y al pobre por un par de zapatos. Es como si dijera: Convertirlos he y volverlos he á mí á los dos pecados y á los tres, pero no á los cuatro. Tres y cuatro son siete, y siete es número perfeto, pues tómake ese número por el colmo de pecados, y dices: «Habré misericordia de Israel mientras no llegare á la medida que yo tengo determinado de esperalle; mas cuando llegaren al colmo, que será vender á mi Justo por treinta dineros, castigalles he, echállos he de mí, y no los convertiré á mí;» como lo están el día de hoy, desperdiciados por todo el mundo, que parece que los tiene Dios olvidados y duerme: *In utramque aurem*, que suelen decir. A este lugar aludió el Señor cuando dijo por san Mateo á los fariseos: «Acabad vosotros de hinchar y colmar la medida de vuestros padres.» Esto hicieron con matar á Cristo, y tras esto los destruyó. Pruébase también esto porque cuando el Señor de la viña envió á coger la renta, y los villanos mataron á algunos de los criados, y á otros maltrataron, no los castigó el Señor, antes los aguardó con paciencia y envió otros, hicieron el mismo tratamiento y esperólos. Últimamente envió á su Hijo, diciendo: Tendrán quizá respeto á que es mi Hijo. Pero echáronle de la viña y matáronsele; entonces ya no los quiso mas esperar, como á gente que habia llegado al colmo y habia hinchido la medida, y quitóles la viña y castigóles. Todos estos lugares hacen alusion entre sí y dicen una misma cosa, y esto llamo el tener número los pecados, conforme al secreto consejo de Dios, que quiere dar mas favores á este y menos á aquel, que es lo de san Pablo, que no es del que corre ni quiere, sino de aquel de quien Dios tiene misericordia, que solemos decir: «Mas vale á quien Dios ayuda que quien mucho madruga.» Creo que he sido pesado en esta materia; pero (como dije al principio) es dificultosa y espantosa; y así, ha sido menester tra-

talla mas de asiento; y si acaso esta no fuere la mas verdadera resolucion, remítome al parecer de los doctos, pues soy mas amigo de errar con los sabios que acertar con los necios. Supuesta pues esta doctrina, digo que los pecados de la Madalena eran muy graves, porque eran muchos. Que vos seais un día malo, y pecador un mes, pase; malo es, mas al fin no nos espanta mucho; mas que lo seais un día y otro, y un mes y un año, y cuatro y diez, y toda la vida, esto es lo que cansa mucho á Dios. Que useis mal de la espera y misericordia divina, y que en vez de emendaros os hagais peor, y que, habiendo de reconocer los beneficios de Dios y agradecerlos y salir del pecado, de su paciencia toméis vos ocasion de ser peor; esto es lo que espanta. El bueno, viendo que Dios le sufre, vuélvese á él y dícele: ¡Ah Señor, que no es razon que no salga de mi pecado! Vos, Padre de misericordia, me habeis esperado con infinita paciencia, llamáste me con vuestros regalos, rogáste me que os abriese el corazon; yo á ofenderos, y vos á perdonarme; yo á esconderme, y vos á buscarme; yo, mi Dios, á huirlos y vos á seguirme, á atajarme, á cerrarme los pasos; yo á saltar el soto y paredes. Pues ya no mas, mi buen Dios, ya no mas, todo será vuestro; veisme rendido, venza vuestra bondad á mi malicia. Basta, basta ya, gran Señor, lo ofendido; á vos me vuelvo; yo os prometo, Redentor de mi alma, de poner tasa en mi vida y de enfrenar mis deseos, y serviros de aquí adelante con vuestro favor y gracia. ¡Oh, cómo se queja Dios de su pueblo ingrato! Dice por el profeta Isaías: *Vae genti peccatrici, populo gravi iniquitate, semini nequam, filiis sceleratis*. Y luego: *Super quo percutiam vos ultra, addentes praevaricationem?* ¡Ay (dice Dios) de la gente pecadora! Ay del pueblo pesado en maldades, mala casta, hijos malvados! ¿En qué parte os castigaré, y añadiendo siempre pecados á pecados? Es el lugar divino para nuestro propósito; dice pues: ¡Ay de la gente pecadoriza! Llamamos enfermizo un hombre que está sujeto á muchas enfermedades, que cualquier aire le destempla, con cualquier pequeño exceso da consigo en la cama; á este tal mejor le llamamos enfermizo que enfermo. Así dice el Profeta: ¡Ay desta gente tan dispuesta y pronta para pecar, que con cada ocasioncita peca! Es lo que nuestro evangelista dice de la Madalena: *In Civitate peccatrix*; que era pecadoriza, ocasionada para pecar. Pues, porque los judíos, del buen tratamiento y del malo, del rigor y del regalo, de todo sacaban materia de ofensa, los llama gente pecadoriza. ¡Ay de unos hombres que por la gran costumbre de pecar, de todo lo que les habia de ser materia de virtud sacan ellos veneno y ponzoña! Gente que tienen las fuerzas del alma tan gastadas, y tan prostrada la virtud, que ni con beneficios ni con maleficios podréis curalles su dañado corazon. Dice mas: ¡Ay del pueblo pesado con maldades! Eran llenos de pecados. El pecado es pesado; por esto los pecadores se llaman pesados. Sentia David esta carga cuando, llorando sus pecados, decia: *Quoniam iniquitates meae supergressae sunt caput meum; et sicut onus grave gravatae sunt*

super me. Miser factus sum, et curvatus; Son tantas mis maldades (dice David), que me cubren la cabeza. Tomó la metáfora del que lleva una gran carga que le cubre de piés á cabeza. Y sonme tan pesada carga, que me derruecan y no puedo con ella. Háceme andar como ganapan, inclinado el cuerpo con el peso de la carga. Por eso dice Zacarías que vió por el aire volar un gran cántaro de alambre, y que le llevaban á Babilonia, y iba dentro un talento de plomo, y le dijo el ángel: «Esta es la maldad.» Quisoles dar á entender la cautividad de Babilonia, y que por sus pecados los llevaban allá; y por el plomo que iba dentro, que es metal pesadísimo, les mostró la gran carga y peso de sus pecados. Por eso dice el bienaventurado san Gregorio que el pecado que no se limpia con penitencia, con su peso nos derrueca en otros. Dice mas Isaías: «¡Ay de la mala casta!» Porque *semen* en la Escritura se toma por la sucesion y descendencia. *Mala casta*, que parecen á sus padres en las maldades, que las mamaron en la leche y saber á la pega. Oséas dice, hablando del pueblo: *Ephraim quasi avis avolavit, gloria eorum à partu, et ab utero, et à conceptu*; Efraim voló de las manos de su Dios. El ave una vez suelta, mal se prende. Así lo ha hecho mi pueblo, cuya gloria y jactancia les viene desde las entrañas, que mamaron en la leche el ser malos. Bien sé que tiene este lugar otro sentido, y es: Gloriábanse que sus mujeres eran fecundas y fáciles en parir; pues yo les quitaré esa gloria. Y corresponde á lo que añade luego: «Pues si criaren hijos, yo los privaré dellos.» Y mas abajo dice el Profeta: «Dadles, Señor, ¿qué les daréis? Dadles vientre estéril sin hijos, y pechos secos sin leche.» Pero también es buen sentido el primero. Dice mas el Profeta: *Filiis sceleratis*; ¡Ay de los malvados hijos! Hales dicho *mala casta*, y agora les dice *peores hijos*; como si les dijera: Sois tales como vuestros padres, que es lo que les dijo David: *Quemadmodum patres eorum conversi sunt in arcum pravum*; Son estos, dice, como arco torcido, como lo fueron sus padres; que por dar á la caza os da en la mano. Y el Redentor por san Mateo: Sois hijos de los que mataron á los profetas; pues colmad vosotros su medida. ¡Ah serpientes, casta de víboras! Como motejándoles de que salían inficionados de las entrañas. Prosi-gue Isaías, y dice: *Super quo percutiam vos ultra, addentes praevaricationem?* Hé aquí por qué habemos traído este lugar. Deciamos de los pecados de la Madalena que eran muchos, y hallaréis pecadores que jamás se cansan de pecar, y que no bastan castigos ni todos los pertrechos y máquinas que Dios levanta para atajarles la corriente de sus maldades. Dice pues Isaías: «Grandes han sido vuestros pecados, y muy grande mi sufrimiento y espera que en disimularlos he tenido. Castigado os he muchas veces, cansado estoy de andar á los palos con vosotros, y siempre malos; ya no sé qué me haga, dónde os azotaré, pues no hay parte sana en vosotros; y tras eso ¿siempre malos, siempre pecadores, siempre pecando de nuevo; hechos pedazos, y no cansados, y no emendados? Tantas veces me habeis

provocado á saña con vuestros pecados, que os he desollado de piés á cabeza, de suerte que ya no hay parte que no esté bañada en sangre, y siempre tijeretas.» Que lo dijo en una palabra David: *Dissipati sunt, nec compuncti*; Despedazados están, y no emendados. Toma Dios la metáfora de un padre que tiene un hijo travieso, y con deseo de emendarle le castiga, azótale y no hay género de castigo que no lo ejecute con él; pero es tan malo el muchacho, que no siente ya los azotes. Viéndole el padre siempre peor, dice: «¿Qué haré con este bellaco?» Ya no sé dónde castigarle. Hele abierto á azotes, tráyle siempre vendado y quebrados los cascos, ya con la pierna desconcertada, ya quebrado el brazo, y él siempre peor. Así dice Dios: ¿Dónde os castigaré ya? Que *omne caput languidum, et omne cor moerens. A planta pedis, etc.* No veo en vosotros lugar sin herida; pues ¿dónde os castigaré en venganza de las nuevas maldades que cada día cometéis? ¿Si en la cabeza? *Omne caput languidum*; No hay ninguna que no esté descalabrada. ¿Si con males interiores y con mal de corazon? No hay corazon sin tristeza. Pues ¿si en el cuerpo? *A planta pedis*; y del cabello á la planta estáis hechos sangre; y tan recientes son las heridas, que aun no os han tomado la sangre dellas. Pues ¿qué os haré? El remedio mas corto será dejaros: *Terra vestra deserta, etc.*; Yo asolaré vuestras ciudades, etc. Hé aquí, pecador, el estado á que te traen tus muchos pecados, á que haga Dios del cansado y que ya no te pueda sufrir, y que te deje y se vaya. Pues si tu Dios te deja, ¿quién te recibirá? Si se te va, ¿adónde irás tú sin Dios? *Curavimus Babylonem, et non est sanata: derelinquamus eam, et eamus, unusquisque in terram suam*. Cuando un hombre principal está enfermo suélense llamar médicos de muchas partes; entran en consulta cada día, hacen mil remedios, púrganle, sángranle, dánle unciones, baños, fomentaciones, dietas, sudores y todo cuanto mandaron Hipócrates y Galeno, y tan malo siempre como de primero. Háblanse: Señores, ya habemos hecho cuanto en nosotros ha sido, habemos agotado las medicinas, los boticarios están cansados de hacer purgas y mezclar jarabes, los remedios de la medicina se nos han acabado, no habemos dejado cosa por intentar de cuantas hallamos en los libros, y el señor don Fulano siempre peor; lo mejor será dejalle á naturaleza, volvamos nosotros á nuestras casas. ¡Ah, pecador desventurado! Que esto mismo hace y dice Dios: Curado he tu alma, ya te he purgado con mi sangre, te he dado jarabes de trabajos, unciones de amor y gracia; hanse agotado los remedios á poder de curarte, los predicadores están roncos, los confesores cansados, mis sacramentos y medicinas ya no te hacen provecho; quiérome ir y dejarte. Está es lo que arriba llamamos «endurecer y cegar, y llegar los pecados á colmo»; porque, como no quiere aprovecharse de la misericordia de Dios ni hace verdadera penitencia, muere en su pecado. Pues dime, pecador, ¿cómo no te espanta el pecar cada día de nuevo? ¿Qué sabes si ese pecado que vas á hacer es el último que Dios querrá sufrirte? Qué sa-

hes si te cerrará la puerta por indigno de su misericordia, ingrato á sus beneficios? Qué sabes si quien te ha esperado un año te querrá esperar año y hora? *An divitias bonitatis ejus contemnis? Ignoras quod benignitas Dei ad poenitentiam te adducit?* ¿No sabes, hombre pecador, que la paciencia y benignidad de Dios te provoca á penitencia? ¿O acaso desprecias las riquezas de su bondad y atesoras ira para tí con tu dureza y con tu corazón no arrepentido? Esto dice el Apóstol, escribiendo á los romanos. Pues mirad á qué estado traen sus pecados á un hombre, cuando son muchos, que le vuelven insensible á los tocamientos de Dios, y el pecar se le convierte como en naturaleza. Daniel cuenta que soñó Nabucodonosor, rey de Babilonia, un sueño que le trajo muy fatigado, y fué, que veía una estatua grande y espantosa; tenía la cabeza de finísimo oro, los brazos y pechos de plata, el vientre y muslos de bronce, las piernas de hierro, y los pies parte de hierro y parte de barro. Hé aquí cómo va el pecador de bien á mal, y de mal en peor. Es propia figura y traza suya esta imagen; que, puesto que allí le quisiese Dios declarar la sucesión y mudanza de los reinos que le habian de suceder; con todo esto, se trae y viene muy á pelo para los pecadores. Tiene el hombre la cabeza de oro, porque allí recibió el bautismo, y su principio espiritual y regeneración fué divina. Diéronle la fe, la esperanza, la caridad, que es la señora y el oro puro y resplandeciente que enriquece el alma. Allí le infundieron los hábitos de todas las virtudes, y quedó riquísima; pero comienza á entibiarse en el amor de Dios, enfríase la caridad, descuidase un poco, y admite algunas ocasioncillas, y viene á perder el lustre del oro de aquel hervor que solia tener; siente el corazón menos casto, la devoción mas caída, el gusto de las cosas de Dios prostrado; cánsale la confesión, la comunión sin lágrimas; finalmente, se ve con barruntos de caer en alguna grave enfermedad. Así viene á dar en plata, que, aunque es de estima, no como oro; así tú ni mas ni menos, aunque por esta tibieza no se pierde la gracia y la amistad de Dios, y aun el hombre tiene valor; mas al fin no es de oro ni las obras le son de tanto mérito ni son tan perfectas como las que solia hacer. Con este descuido y flojedad viene de plata á cobre, porque se descuida y cae en pecado, por donde ya ni sus obras valen ni son de estima, y no le queda mas que el sonido del lenguaje cristiano, con que habla de la virtud y retiene aun á lo que fué; porque un hombre recién pecador, no tan del todo se olvida de la virtud y del buen estado que tuvo, que no le queden á manera de unos cariños de lo que ha perdido. Por eso decimos «que viene á cobre», que es metal sonoro. Dije que, con aquella flojedad y relajamiento que tiene de la virtud, viene á caer en pecado; porque sería milagro que, entibiándose el hombre en la caridad y descuidándose en el ejercicio de las obras de virtud, no venga á caer poco á poco en las graves. Y por esto está Dios tan mal con las almas tibias, que dice que le revuelven el estómago y que le provocan á vómito. Dícele Dios á san Juan: Escribe una car-

ta al ángel de Laodicea (esto es, al obispo de aquella iglesia), y dile: «Yo sé muy bien tus obras, y las tanteo y peso, y les miro los quilates que tienen, y veo que no eres frío ni caliente; y ojalá fueses una destas dos cosas; mas porque eres tibio te vomitaré y lanzaré de la boca.» Aludió á lo que suelen hacer para vomitar, que es beber agua tibia, y con aquel disgusto que causa en el estómago le mueve y revuelve y hace vomitar. De manera que deseaba Dios que le sirviese, ora fuese por amor (que es ser cálido), ora por temor (que es ser frío). Y pienso que la razón desto es, porque cuando de gran frialdad se pasa á calor, se hace y produce mas vehementemente calor, y queda el agua mas ardiente que cuando estando tibia se calienta. Siendo pues ya venida el alma del oro á la plata, y de la plata al cobre, esto es, del hervor del amor á la tibieza de la caridad, y desta al cobre del pecado, si no se vuelve luego á Dios y se descuida de la penitencia, viene á perder el sentimiento de los tocamientos divinos y á estar sorda á todas sus palabras, como el hierro, que es un metal sordo y muy terrestre, y el mas bajo y de menos valor y estima de todos los que cria la tierra. Tenia la estatua de Nabuco los pies de hierro mezclado con barro, y por cierto muy bien; porque, cuando llega un pecador á este punto, ya todos sus deseos, sus pensamientos, sus tratos, todo cuanto hace, dice, piensa y balla, todo es tierra y polvo, y eso ama y busca, y en eso está encerrado, olvidado de Dios y de su cielo y de su gloria, hasta decir David: «Declinaron los ojos á la tierra.» Y estos tales, ya el pecado le tienen tan casero y como vecino y tan familiar, que casi se les vuelve en naturaleza. Y ya acaece á muchos estar tan envejecidos en la costumbre del pecar, que pecan, no por deleite, sino por uso, que suelo yo llamarlos «pecadores de balde», que casi sin pensar en lo que hacen, sin gusto, sin otro interés, forzados de la mala costumbre, pecan; que es lo que dijo el que hizo este soneto, hecho á este mismo propósito. Y por parecerme que lo concluyó bien, he querido ponerlo aquí.

SONETO.

¡Oh paciencia, infinita en esperarme!
Oh duro corazón en no quereros!
¿Que esté yo ya cansado de ofenderos,
Y que no lo estéis vos de perdonarme?
¿Cuántas veces volvistes á mirarme
Esos divinos ojos, y á doleros,
Al tiempo que os rompía vuestros fueros;
Y vos, mi Dios, callar, sufrir y amarme?
¡Oh guarda de los hombres! vuestra saña
No mostréis contra mí, que soy de tierra;
Mirad á lo que es vuestro, y levantalde;
Que no es deleite ya lo que me engaña,
Sino costumbre que me vence en guerra;
Pues por solo pecar, pecco de balde.

§. XII.

Estas cuatro cosas hacian muy graves los pecados de la Madalena; y así, no es mucho que diga el Evangelista: *Ecce mulier, quae erat in civitate peccatrix*; Veis una mujer pecadora en la ciudad. Hora no

me parece que habemos aun desentrañado del todo lo que hay en estas palabras. Dos *Ecce* hallo en la sagrada Escritura, que parecen contrapuestos el uno del otro; el uno es este *Ecce mulier*, y el otro el *Ecce homo*, que se dijo del Hijo de Dios. Cuenta el evangelista san Juan que, queriendo Pilato librar al Redentor de las manos de los judíos, sabiendo que por envidia le buscaban la muerte, por moverlos á lástima mandó azotar al Redentor; sácale desnudo con una corona de espinas en su sagrada cabeza y cubierto con una ropa vieja de púrpura; y al tiempo que salió, vuelto á los judíos, que pedían con grande instancia su muerte, les dijo: *Ecce homo*; Veis aquí al hombre; como si les dijera: Acusais á este hombre por alborotador y revolvedor del pueblo, decís que tiene humos de rey; pues veisle aquí, que lo menos que tiene es talle de hombre, cuanto mas de príncipe. Poned pues á una parte á Cristo, llagado, atado, espinado, el rostro lleno de cardenales y salivas, el cuerpo cubierto de sangre de los azotes, y aquellos divinos ojos llenos de lágrimas; poned á otra parte á la Madalena, suelta, profana, llena de pecados, infame, sin nombre, hecha una añagaza del demonio, un despeñadero de almas. Oid á Pilato, que dice *Ecce homo*; y volved á san Lucas que le contrapone *Ecce mulier*; y mirad agora el misterio tan galan que allí está: *Ecce homo*, pues *Ecce mulier*; para que haya un *Ecce mulier* es menester que haya un *Ecce homo*; que si este no hay, no habrá aquel. *Ecce homo*, que se hizo hombre por gracia; *Ecce mulier*, que es mujer por flaca naturaleza. *Ecce homo*, que es justo; *Ecce mulier*, que es pecadora. *Ecce mulier*, que peca; pues *Ecce homo*, que lo paga. *Ecce mulier* culpada; pues *Ecce homo* penado. *Ecce mulier*, que merece el castigo; pues *Ecce homo*, que es el azotado. *Ecce mulier* suelta; pues *Ecce homo* atado. *Ecce homo*, que siendo Dios se hizo hombre; pues *Ecce mulier*, que siendo pecadora queda santa. *Ecce homo*, que muere porque esta viva; pues *Ecce mulier*, que vive porque este muere. *Ecce homo*, que le presentan por esta mujer á Pilato; pues *Ecce mulier*, que la presentan por este hombre al Padre. Pilato da este *Ecce homo* á los hombres para su rescate; Cristo da esta *Ecce mulier* al Padre para su regalo. ¡Oh trueque soberano! ¡Dulce bien nuestro, que te pones en competencia de una pecadora porque tu amor te fuerza, y tu Padre te lo manda! Mirá, hombres, el gran amor de vuestro Dios, que dice: «Tomad un Dios y dadme un hombre; tomad mi Hijo y dadme una pecadora. Pues dime, gran Señor, ¿y este es trueque que se puede sufrir? ¿No ves que te engañan mas que en la mitad? Dar un Dios por un hombre ¿quién tal vió? ¿El justo por un homicida, el inocente por el culpado, el señor por el siervo, el hijo por el esclavo, el Hacedor universal por su misma hechura? ¿Quién vió trocar la gloria por el polvo? La riqueza suma por la suma pobreza? La alteza de Dios por la bajeza del hombre? *Ecce homo*, remedio de mis males, hombre que paga mis deudas, sangre con que se lavan mis culpas, precio con que se redime mi ofensa. Pilato te me mues-

tra, Redentor de mi alma; tu Padre te me da; tú mueres por mí, tú dices: «Esta es mi sangre, que derramo por vosotros;» tu Padre dice: «Así amé al mundo, que le dí un solo Hijo que tenia.» Pilato me dice: Pues veis al hombre que todo eso hace; *Ecce homo*; él me dice: *Ecce homo*; mas yo digo: *Ecce Deus*. Hombre te me muestran, mas Dios te conozco; *Ecce homo*, que muere por mí; *Ecce Deus*, que resucita por sí. *Ecce homo*, que muestra mi flaqueza padeciendo; *Ecce Deus*, que me da su fortaleza venciendo. Dulce retrato de mi remedio, que así te habia yo menester para mí, que te perudieses á tí para hallarme á mí! De manera que lo primero que tenemos es esta contraposición.

§. XIII.

In civitate peccatrix. Extraña cosa es ver que por menudo nos cuenta el evangelista san Lucas las circunstancias desta conversión. Pecadora y en la ciudad, que era la de Nain, donde el día antes habia resucitado el Señor al hijo de la viuda. Pues, ¿hace mas al caso ser uno pecador en la ciudad ó sello en la aldea? ¿Qué importa irse uno al infierno desde su lugar ó irse desde Sevilla? Creo que fué encarecimiento de los pecados de la Madalena. Mucho va, señores, de ser uno ruin en Roma ó en una aldea de Sayago; que en el lugarejo do no se sabe qué cosa es ser ruin en mil años, y que el cura no sabe leer aun en su breviario; que no hay uno que os dé un consejo ni quien os retraiga de un vicio ni os adiestre á la virtud; que allí seais vos pecador no es milagro; mas que en la ciudad donde están los prebendados de la Iglesia, los doctores y predicadores de la fe, la luz del Evangelio; donde tantos monasterios y tan llenos de religiosos se ocupan en los divinos oficios, adonde se predica tan continua la palabra de Dios, donde hay tantos ejemplos de siervos del Señor, tantos confesores tan doctos, tanta frecuencia de sacramentos, y que todo huele á santo y bulle en devoción, y que allí seais malo y jamás salgais de vuestra ruin vida; eso es lo que cansa á Dios y lo que encarece el Evangelista en la Madalena. Mayor fué el pecado de Judas, siendo malo entre los apóstoles, que el de san Pedro negando entre los verdugos de maldad. Esto aun cotejando los pecados que en sustancia fueran iguales, decia Isaías: *Miseriamur impio, et non discet justitiam facere; in terra Sanctorum iniqua gessit, et non videbit gloriam Domini*. «Andaos (dice) á tener misericordia y á hacer bien al malo, y no hayais miedo que por eso sea mejor.» Entre los santos y en tierra santa ha hecho maldades, que á ser en la plaza ó en la lonja ó en las gradas de Sevilla ó el sarmental de Búrgos, donde se trata de cambios y logros, y donde se engaña al prójimo y se roban las haciendas y trampean los mercaderes, no fuera mucho; mas que estando en una cartuja entre santos sea diablo, entre los buenos sea malo, esto no se puede sufrir. Pues ¿qué merece este tal? Que *non videbit gloriam Dei*; no se quedará sin castigo, y será que no verá la gloria de Dios. «Había (dice en el capítulo primero

de Job) un varón en tierra de Hus, que era de gentiles, y él era bueno y sencillo. » Parece que lo cuenta como por milagro, que entre malos fuese bueno. Y el santo Lot es tan alabado porque, con ser tales los de Sodoma y viviendo entre ellos, él fuese justo. Mas claro lo dice la Escritura en el capítulo 26 de los *Números*; y es que, contando cómo Coré y muchos con él fueron tragados de la tierra porque se rebelaron contra Moisés y Aaron, dice: Hizo Dios un milagro en aquel día, que pereciendo Coré, no murieron sus hijos, y es porque no estaban envueltos en los pecados de su padre. Y cuéntalo por milagro, que siendo malos los padres y viviendo con ellos, sus hijos fuesen buenos y no les hubiesen pegado los ruines siniestros de sus padres. Pues por esto pone el sagrado evangelista que era la Madalena pecadora y en la ciudad.

§. XIV.

Pero, Señor, ¿qué quiere decir, que ya que haceis tal merced á esta mujer, quereis que sea tan á costa suya? Bien vendéis vuestra mercadería. Y ya que en un banquete la perdonastes, ¿por qué quisistes que os pagase tan caro el escote, que á trueque desto quereis que cada año por esos púlpitos se publiquen sus pecados á voz de pregonero, y que vuestro evangelista le escriba el proceso de su ruin vida, y lo deje firmado de su nombre? Ciertamente, si tomásemos el voto de muchos, que dijese que es caro perdon. ¿Hay aquí quien, si le dijese que le perdonarían sus pecados si desde un púlpito los apregonase todos delante de la gente que hay en un mediano auditorio, que no le pareciese caro perdon? Hora mirad, señores; los siervos de Dios muy de otra arte sienten de la honra que los del mundo; porque á trueque de que el Señor sea honrado, huelgan que todos sepan que fueron unos grandes pecadores. ¿Qué mas honra puede ser para el médico, que el enfermo, después de ya sano, publique sus enfermedades, las cuales mientras mas y mas mortales fueron, mas gloria es para el médico que le dió sanó? San Pablo, escribiendo á su discípulo Timoteo, le dice: *Gratias ago ei, qui me confortavit, Christo Jesu, quia fidelem me existimavit, ponens in ministerio; qui prius blasphemus fui, et persecutor, et contumeliosus*; Gracias muchas doy (dice el Apóstol) á mi Señor Jesucristo, que me esperó, y le pareció que sería fiel y de algun provecho si me empleaba en su servicio, con ser antes un blasfemo de su nombre, perseguidor de su Iglesia, injuriador de sus santos. No dice esto san Pablo por jactarse de sus pecados, mas por engrandecer la cura que el Médico celestial hizo en él, haciéndole de lobo oveja, de perseguidor predicador, de tirano apóstol. Así el santo rey David, en quien y en cuya doctrina quiso Dios que nada faltase para nuestro provecho, en el salmo de la penitencia, rogando con mil requiebros á Dios que le perdonase su pecado, le dice: «Haced misericordia de mí, Dios mío; y pues mi pecado es grande, séalo también vuestra clemencia. Y si me decis, Señor, que ya otras veces me habeis alimpiado, y que basta lo sufrido, lavadme, Se-

ñor, aun otra vez, y alimpiad esta nueva mancha de mi pecado; y si me notais de importuno, no es maravilla que lo sea, pues conozco mi maldad y traigo siempre mi pecado delante de los ojos. A ti solo pequé (oh gran Señor), y lo que mas me lastima es, que no me espantó tu presencia; pequé contra tí, porque á tí solo toca castigar los pecados. » Y si Adán pecó y escondió su pecado y le castigaste, yo le descubrí, que mal se cura la llaga cuando del médico se esconde. Perdóname, Médico del cielo, porque quedas por justo; y de tu palabra dijiste en el *Deuteronomio* á tu pueblo: «Si cuando pecares, arrepentido hicieres penitencia y te volvieres á mí, yo, que soy misericordioso, te perdonaré. » Pues mira, Dios mío, que muchos han oído los grandes bienes que me has prometido; y si agora ven que me desechas de tus ojos, no sabiendo la causa, se quejarán de tu justicia. Pues haz, Señor, que cumpliendo tu palabra en perdonar á mí, que te llamo, salgas verdadero y vencedor cuando los hombres quisieren juzgar tus consejos; y si no basta, buen Dios, para que me perdonen, conocer yo mi pecado y ser tú tenido por fiel en tus promesas, baste ver mi flaqueza y el ruin metal de que soy hecho; bien lo saben tus manos, pues ellas me amasaron de barro y flaca tierra, compusieron mis huesos y mis nervios, saben que el barro no es metal de muchas pruebas; pues ¿qué mucho que se quiebre y salte al fuego de la tentación? Mamé mis defetos en la leche; con pecados me concibió mi madre, con ellos me engendró mi padre, y en ellos nací yo. Y pues ves, Señor, que soy lodo, compadécete de tu hechura y halla lugar en tu misericordia el que conoce su miseria. No te maravilles, gran Señor, que peque quien nació con el pecado; y si me dices, Dios y señor de mi alma, que los ángeles pecaron y no los perdonaste, es verdad; pero no se visten de tierra ni están tapiados ni emparedados en barro, como el miserable del hombre. No te alego, Señor, mi flaqueza por excusar mi malicia; mas solo muestro la razon que puedes tener de perdonarme. Finalmente, después de haberle dicho grandes ternuras para moverle á perdonarle, le dice: *Docebo iniquos vias tuas; et impii ad te convertentur*; Señor y Redentor, si me perdonais, si me sanais desta tan grave dolencia, oh Médico del cielo, «yo mostraré á otros dolientes el camino de vuestra santa casa, y todos los enfermos acudirán á vos. » De manera que diré al mundo cuán al cabo estuve, y vos me sanaste, y os tendrán por el mas famoso médico de la tierra; hé aquí para qué cuentan los santos sus pecados y defetos. Aquel venturoso ciego que cuenta san Juan, habiéndole sanado el Señor, con haber bandos y cisma entre los judíos, unos decían: ¿Es él? No es él, mas parecele; otros: Él es, que bien le conocemos; sale él y dice: «Yo soy, yo soy, y Jesus me sanó; » y á todos contaba su enfermedad. Si á la Madalena le preguntasen en el cielo, si le pesa que sus pecados se publiquen en las iglesias cada año, diría que no, pues saca Cristo gloria de su conversión. No piense nadie que los pecados que los santos cometieron en la vida, los afean; porque

acaee que la otra dama que salió con una ropa galana, y al atravesar por un cancel se dió un desgarron, y viendo su ropa rota, échale unos vivos de otro color y hace labor de lo roto y queda mucho mas hermosa. Así es en las faltas de los santos, que echaron unos vivos de penitencia en las ropas de sus vidas, con que quedaron mucho mas hermosos; y no solo no los afean, mas aun muchos que antes de la caída servían á Dios tibia y flojamente, después de haberse conocido y corrido de sus culpas, y haciendo penitencia, se levantan con tanto hervor de amor de Dios, que dejan atrás á los que antes iban primeros; porque, como dicen los teólogos, algunas veces el pecador se levanta á mayor gracia que la que tenia antes que cayese; porque, así como nunca un elemento se fortifica tanto como cuando topa con su contrario, que entonces para resistirle se une y ayunta toda su virtud y fuerza, porque desea rendir y vencer á su enemigo; así ni mas ni menos suele suceder en algunos corazones generosos y escogidos y santos, que mientras no caen en las manos del pecado no muestran aquellos hervores y deseos encendidos de la caridad que vemos en otros particulares; mas cuando topan con el pecado y se ven caidos y derrocados á los piés de sus enemigos, sintiendo la gracia divina que los llama, sin la cual no puede un hombre, después de caído, levantarse, cónoce la y danle entrada en el alma; y con ella y con su libre albedrío y con una generosa fuerza, ayuntando y recogiendo toda su virtud, expelen el pecado y todos los rastros dél, y quedan con doblado espíritu, y viven con mas cautela y recato, y andan mas sobre sí, por no verse otra vez rendidos; y aunque les quedan las señales de las heridas, estánles entonces muy bien; como al soldado que peleando en la batalla cayó, y herido y corrido se levanta y mata á su enemigo, después le veréis preciarse en las plazas de que tiene medio cortada la pierna y una lanzada por el muslo; no se jacta de las heridas, sino de que parándole tal su contrario, con todo eso, pudo mas que él, y le venció y mató; así los santos cuentan en el cielo las vitorias que gaharon del demonio, y cómo, aunque heridos y derramando sangre, al fin se levantaron y vencieron. Yo (dirá la Madalena en el cielo) me vi derrocada y vencida, porque las había con el espíritu inundo que preside á la torpeza y vicios sensuales. Teníame tan ahogada y tan medrosa y sin fuerzas, que siempre que queria me heria en descubierto y á su salvo; mas como llegó á mí el aliento y soplo de la divina gracia de mi capitan Jesucristo, cobré fuerza y coraje, y levantéme y coceéle muy bien; de suerte que jamás se volvió á descomedir conmigo. Así, tambien cuenta san Pedro su negacion y san Pablo la persecucion que levantó contra la santa Iglesia en sus principios. Por esto pues cuenta el glorioso evangelista los pecados de la Madalena, y por esto se cuentan las caídas de los otros santos.

Tambien quiere Dios que se publiquen para nuestra confianza, y que nos sirvan de ejemplo, que no desconfiemos de alcanzar perdon, pues vemos grandes pecado-

res perdonados; y de allí nos nace una santa osadía para presentarnos delante de Dios y pedille perdon de nuestros pecados. Por esto me ponen á un Aaron, gran pontífice, caído y levantado, para que si el Papa pecó, no piense que ya todo es acabado, y que no hay remedio para él, pues le hubo para Aaron. Leo un David adúltero y homicida, pero perdonado y puesto en cabecera de linaje de Dios, porque no diga el rey en pecando que ya se cerró la puerta para pecados de reyes; y á un Zaqueo, para espuela del mercader, á un san Mateo para el escribano, y á una Madalena para las ramerías y mujeres erradas; y finalmente, pocos estados hay en la república, de quien no haya ejemplos de pecadores perdonados en la Escritura, y esto para nuestra informacion y ejemplo. Así lo decia el Apóstol, y para esto decia que se escribían estas cosas. «Todo lo que está escrito (dice san Pablo), sabed que se escribió para nuestra doctrina, para que con la paciencia y consolacion de las escrituras tengamos esperanza. » Hé aquí por qué quiere Dios que los pecados de la Madalena se prediquen y apregonen cada año por los púlpitos, y no por afrentalla; y para esto quiere que los escriba su historiador, porque con esto la hace mas famosa en el mundo, y cumple la palabra que le dio allá, cenando en casa de Simon leproso, cuando murmurando los discípulos porque María había unguento al Señor con aquel unguento extremado, y porque no se había vendido, dándolo por mal gastado, dijoles el Redentor que no le fuesen molestos, que él haría que su nombre y hechos se celebrasen por todo el mundo. Y es así, que cuanto mas se predicen los pecados, penitencia y obras y amor admirable, y la remision de las culpas de la Madalena, tanto mas famosa y celebrada y engrandecida queda.

PARTE III.

Del libro de la Madalena, y el estado segundo que tuvo de penitente, conforme á la letra del sagrado Evangelio.

Dicho habemos el estado primero de la Madalena, que es el que tuvo de pecadora, y á qué término la trujo la hermosura, libertad, riqueza y pocos años; resta agora que veamos cómo salió del pecado y hizo penitencia, para que entendamos que el Evangelista no nos contó su ruin vida para no mas que decilla, sino para alabanza suya, y para gloria del Hijo de Dios, que la perdonó, la lavó, y la amó tanto. Dice san Lucas.

§. XV.

Ut cognovit quod Jesus, etc. Antes que pasemos adelante, será bien que veamos algo de los secretos maravillosos de la predestinacion de Dios, y esto en una palabra. Espanta ver cómo Dios llama y atrae á uno á sí, y á otro lo deja y aparta de sí; á uno saca de su pecado, y á otro le deja revolcar en él; á uno, de grandísimo pecador, lo hace santo; al otro de muchas virtudes y buena vida, al fin le deja y se condena; á un san Pablo, de corchete y porquero de la justicia, le hace